

LA HORA DE LOS LAICOS: UN EJEMPLO DE LIDERAZGO SEGLAR EN LA PEREGRINACIÓN DE OBREROS ESPAÑOLES A ROMA EN 1894¹

Enrique Faes Díaz

Un panorama negro, una humanidad doliente

En los años finales del siglo XIX, la obra devastadora de las revoluciones liberales sobre el aparato moral del catolicismo y la precipitada destrucción del viejo orden social propio de la cristiandad traían por el camino de la amargura al común de la Iglesia española, agobiada principalmente por la emergencia del socialismo, muy limitada por la persistente división política entre carlistas, integristas y dinásticos y afanada en seguir, en fin, sin demasiado entusiasmo general ni una imaginación extraordinaria, la llamada que el papa León XIII acababa de hacer en la encíclica *Rerum Novarum* (1891) para mejorar las condiciones de vida de los obreros y contener así el avance de las ideologías revolucionarias. La nunciatura de Madrid lo veía todo bastante negro aún a cuatro años del cambio de centuria, cuando según su disección de la sociedad española, la influencia de los católicos en la cosa pública era «casi nula», la proverbial pugna interna de los militantes del catolicismo hispano había dejado «bastante escasos» los medios del conjunto para repeler la revolución y, para colmo, los hombres del clero, «aterrorizados» por el avance del socialismo y similares, habían perdido «un tiempo preciosísimo en lamentos estériles», pero nada habían hecho para «oponer obras a obras». A los ojos de la oficina del nuncio Giuseppe Nava di Bontifé, según se precisaba en un informe a la Santa Sede concluido en diciembre de 1896, corrían «tiempos de lucha» y ante ella no era lícito permanecer impasible, pues «la anarquía de la dinamita» se presentaba como la libertad que debía sustituir a la civilización

1. El presente trabajo es fruto de la ayuda y colaboración de la Fundación Caja Madrid.

cristiana y el único remedio posible estaba en el mismo lugar de siempre: «El retorno a los principios y máximas del evangelio y a la práctica de la caridad cristiana, verdadero bálsamo que mitiga los dolores de la humanidad doliente»².

En ello estaban los cristianos que militaban como tales en España, y a la altura de 1892 ya se habían celebrado tres congresos católicos en Madrid (1889), Zaragoza (1890) y Sevilla (1892), pero ninguno de ellos había conseguido «los resultados prácticos que se esperaban» y además, añadía el informe de la nunciatura, ya en el tercer cónclave comenzó a decaer la presencia de la gran baza que la Iglesia española se reservaba para conjurar aquel desbarajuste finisecular, los laicos. Ellos eran la clave en aquel tiempo en que resultaba imperiosa la asociación porque «los individuos aislados son semejantes a moléculas disgregadas, perdidas en el espacio, que no tienen cohesión ni forman cuerpo», y si de algo había «absoluta necesidad», entendía el nuncio, era de echar mano del laicado bajo el liderazgo de los obispos para preparar en comunión «la restauración religiosa, civil y política de la noble nación española». Ahí estaba el meollo de la acción católica en sociedad, una realidad que la nunciatura madrileña veía «en su primer período» todavía en aquel año de 1896 y que se definía precisamente por la irrupción «guadianizada, fluctuante y dificultosa» de los laicos en la defensa pública de los intereses católicos, como instrumento de las jerarquías eclesiásticas para llegar adonde ellas no podían llegar: mucho más allá de las sacristías y quién sabía si al Parlamento³.

El planteamiento venía de lejos. Aunque centenares de cofradías penitenciales supieron subsistir en una especie de primigenia red de catolicismo asociativo originada en el Antiguo Régimen, dotadas de modelos propios de beneficencia laica, la campanada de los seglares no llegaría hasta la revolución ‘septembrina’ de 1868, cuando la secularización alumbró por reacción la Asociación de Católicos y — un año después — la Juventud Católica⁴. La primera y principal no tardó en perder «vigor y consistencia» con la llegada de la Restauración y, falta de un liderazgo claro, «no ejerció influencia alguna sobre los poderes públicos» cuando llegó la hora de re-

2. *Informe sobre la acción católica en el orden público, culminado en diciembre de 1896 y enviado por la nunciatura de Madrid a la Santa Sede el 17 de mayo de 1897*. Reproducido en V. Cárcel Ortí, *León XIII y los católicos españoles. Informes vaticanos sobre la Iglesia en España*, Pamplona, Eunsa, 1988, pp. 893-944. Para la elaboración de la *Rerum Novarum*, cfr. G. Antonazzi, *L'Enciclica Rerum Novarum: Testo autentico e redazioni preparatorie dai documenti originali*, Roma, Edizioni di Storia e Letteratura, 1991 (2ª ed.).

3. Cfr. J.M. Cuenca Toribio, *Catolicismo social y político en la España contemporánea (1870-2000)*, Madrid, Unión Editorial, 2003, p. 18. Para el peso del laicado en la definición de la acción católica, cfr. también J. Andrés-Gallego, A. Pazos, *Cien años (y algo más) de catolicismo social en España*, en A. Pazos (coord.), *Un siglo de catolicismo social en Europa (1891-1991)*, Pamplona, Eunsa, 1993, pp. 1-91, pp. 36 ss.

4. *Ivi*, pp. 39 y ss.

construir el Estado tras casi una década de agitación, hasta quedar reducida en 1896 a un consejo directivo compuesto por doce miembros que básicamente sufragaba diez escuelas católicas para niños pobres y, de cuando en cuando, publicaba algún opúsculo⁵. La continuidad se la llevó otra fórmula: los Círculos Católicos de Obreros, importados de Francia en plena respuesta a la Comuna de París y, por ello, defensores desde un inicio de la reconciliación de patronos y operarios en armoniosas asociaciones comunes, en lugar de propugnar entidades autónomas de trabajadores. En 1872 se instituyeron los dos primeros, en las localidades de Alcoy y Jerez de la Frontera, con un marcado componente religioso y una apuesta abierta por la beneficencia y la generosidad patronal para probar que los obreros podían mejorar su situación sin tener que acudir a la violencia. Pero no fue hasta 1887 cuando el gran impulsor de los círculos, el padre jesuita Antonio Vicent, pisó el acelerador de la iniciativa con un reglamento general aprobado en asamblea en Tortosa que les dio a aquellas asociaciones de trabajadores católicos más coordinación y las empujó hacia el gremialismo y el mutualismo, con una llamada a encomendarse a las cajas de socorros, las cocinas económicas, las cooperativas y las tiendas baratas para reeditar la armonía de clases. No tuvo éxito como solución a medio plazo. Fuera porque ninguna de esas herramientas suponía una novedad excesiva en la España de fin de siglo, o porque el paternalismo consustancial a los círculos acabó por mostrarse insuficiente a la hora de reivindicar los intereses de los obreros, aquellas entidades promovidas por el padre Vicent irían desinflándose con el tiempo y de 200 en el año 1896 se reducirían a 150 cuatro años después⁶. Pese al frenesí fundador de la década de los Ochenta, los círculos no pasaron de representar focos «minoritarios y dispersos de preocupación católico-social» en los tiempos previos a la publicación de la *Rerum Novarum*, hijos de una época en la que el catolicismo militante español aún apostaba de forma prioritaria por las soluciones de caridad, beneficencia y catequesis para solventar la enconada cuestión social⁷. Y en ese panorama general de quiero pero no sé si podré, a alguien se le ocurrió la oportunidad de honrar al papa León XIII en el cincuentenario de su ordenación sacerdotal conduciendo ante él a miles de obreros españoles.

5. *Informe sobre la acción católica...*, cit., en V. Cárcel Ortí, *op. cit.*, pp. 924-926.

6. El paternalismo como freno a los círculos en un momento de nueva exigencia sindical, en J. M. Cuenca Toribio, *op. cit.*, pp. 27 y ss. La escasa novedad de esas entidades, en J. Andrés-Gallego, A. Pazos, *op. cit.*, pp. 1-91, pp. 39 y ss. Para un estudio detallado de los Círculos Católicos de Obreros, cfr. J. Andrés-Gallego, *Los Círculos de Obreros (1864-1887)*, en "Hispania Sacra", 1976, n. 19, pp. 259-304.

7. Cfr. F. Montero, *El primer catolicismo social y la 'Rerum Novarum' en España (1889-1902)*, Madrid, CSIC, 1983, pp. 123 y ss.

Los trabajos de un laico abnegado y ejemplar

La idea partió de dos lugares distintos: la aprobó el congreso católico celebrado en Sevilla en octubre de 1892 y quedó ratificada al año siguiente — que era cuando se conmemoraba la celebración pontificia — por el congreso eucarístico de Valencia; pero también respondió a un acuerdo de la asamblea fundacional verificada en esa misma localidad por el Consejo Nacional de Corporaciones Católicas Obreras, igualmente en 1893. Esta entidad, que aún titubearía un tiempo antes de tomar forma definitiva y salir más allá de su área natural de acción, el Levante, trataba por entonces de revitalizar el sistema corporativo conforme a la llamada urgente del congreso de Sevilla, «como remedio saludable a las perturbaciones de la sociedad moderna». Entendía el cónclave andaluz que los nuevos gremios mixtos de operarios y empresarios — dotados de cajas de socorros, préstamos y ahorro, medios de enseñanza católica y una comisión para dirimir las diferencias entre «obreros y amos» — debían basarse ante todo en las prácticas religiosas, la caridad, la educación y la «protección o apoyo» a los trabajadores, en un proceso en el que resultaba vital el ejemplo de las élites dirigentes de la sociedad, por ser éstas «siempre espejo donde se miran las clases obreras». Siendo «creyentes, morigeradas y verdaderamente católicas», las gentes acomodadas no sólo influirían en sus «inferiores», sino que se sentirían además «siempre dispuestas al sacrificio en favor de ellos»⁸.

Claudio López Bru, segundo marqués de Comillas, acaudalado heredero desde 1883 de una red de grandes empresas que hasta entonces estaban bajo el control paterno, pareció tomar buena nota de aquellas palabras, a juzgar por algunas de las misiones públicas que desempeñó en los meses inmediatos⁹. Instalado en una apuesta abierta por el patronazgo católico, a-

8. *Ivi*, pp. 239 y 422-425. Un análisis de la peregrinación, en R.M. Sanz de Diego, *El catolicismo social español ante la peregrinación obrera de 1894*, en “Estudios Eclesiásticos”, 1981, n. 55, pp. 3-26.

9. Para una aproximación en clave hagiográfica a la figura de Claudio López Bru, cfr. las obras elaboradas desde el entorno de la Compañía de Jesús, principalmente M. Cascón S.J., *Luz sin sombra: el Marqués de Comillas*, Santander, Comillas, 1925; C. Bayle S.J., *El Segundo Marqués de Comillas, Don Claudio López Bru*, Madrid, Razón y Fe, 1928; S. Nevares S.J., *El patrono ejemplar. Una obra maestra de Acción Social*, Madrid, Razón y Fe, 1936; E.F. Regatillo S.J., *Un marqués modelo, el segundo Marqués de Comillas*, Santander, Sal Terrae, 1950; G. Papàsogli, *El Marqués de Comillas, Don Claudio López Bru*, Madrid, Publicaciones de la Universidad Pontificia de Comillas, 1984 (ed. or. *Il Marchese di Comillas*, Torino, Marietti, 1959). Una amplia y rigurosa investigación económica sobre la trayectoria de los dos primeros marqueses de Comillas, en M. Rodrigo Alharilla, *Los marqueses de Comillas, 1817-1925. Antonio y Claudio López*, Madrid, LID, 2001. La labor patronal católica de López Bru en el marco concreto de sus minas asturianas está diseminada en A. Shubert, *Hacia la revolución. Orígenes sociales del movimiento obrero en Asturias, 1860-1934*, Barcelona, Crítica, 1984, pp. 111-129; J. Sierra, *El obrero soñado. Ensayo sobre el paternalismo industrial (Asturias, 1860-1917)*, Madrid, Siglo Veintiuno de España

brío el año 1893 promoviendo la creación de la Asociación de padres de familia de Cataluña contra la inmoralidad, con sede social en su propio domicilio particular y vocación de auxiliar a la autoridad en la persecución de actos «inmorales y antirreligiosos», y lo cerró con pródigos auxilios a la población de Santander tras la explosión del vapor *Cabo Machichaco*, cuya carga de cincuenta toneladas de dinamita detonó el 3 de noviembre «y llevó la muerte a varios kilómetros» con un incendio que arrasó los muelles del puerto y las calles aledañas. Don Claudio fletó un tren especial desde Barcelona con «dos carros extintores, mil metros de mangas, escaleras de veintitrés metros, cuatro lámparas de 2.000 bujías para trabajar de noche y un equipo de 45 hombres» y viajó en él a toda máquina hasta la capital cántabra para recorrer hospitales, organizar los auxilios y alentar a los supervivientes «con un discurso que hizo llorar»¹⁰.

Semejantes energías organizativas, que le valieron a López Bru la propuesta (por él rechazada) de ser nombrado duque de Santander, fueron un ensayo a escala de lo que haría falta poco después para poner en marcha la peregrinación de obreros españoles a la Roma de León XIII. Que don Claudio asumió el liderazgo de los preparativos y veló por el correcto desarrollo de la marcha fue un hecho retratado a posteriori por los organizadores de la romería, convencidos de que el éxito de ésta se había debido «exclusivamente en lo humano a la abnegación ejemplar y a la generosidad sin límites del Excmo. Sr. Marqués de Comillas»¹¹. Se corrió que el laico Clau-

Editores, 1984, pp. 167-262; J.L. García, *Prácticas paternalistas. Un estudio antropológico sobre los mineros asturianos*, Barcelona, Ariel, 1996, *passim*. De su acción como católico social se ha ocupado, entre otros, J.J. Castillo, *El sindicalismo amarillo en España. Aportación al estudio del catolicismo social español (1912-1923)*, Madrid, Edicusa, 1977, pp. 253-268. Tres estudios monográficos más recientes sobre las dimensiones empresarial, política y católico-social del segundo marqués de Comillas, en E. Faes Díaz, *Una aproximación a la patronal ultracatólica de la Restauración: la propuesta laboral del segundo marqués de Comillas*, en “Sociedad y Utopía”, 2003, n. 21, pp. 85-110; Id., *Poder político y poder económico en la Restauración: una interpretación divina (la singular formulación del segundo marqués de Comillas)*, en “Historia y política”, 2003, n. 9, pp. 9-39; e Id., *Enemigos íntimos: radicalización patronal y sindicación católica en la crisis de la Restauración*, en “Ayer”, 2004, n. 56, pp. 197-220. Alfonso Botti describe al marqués como el más eminente e influyente representante del laicado de su periodo, en A. Botti, *Cielo y dinero. El nacionalcatolicismo en España (1881-1975)*, Madrid, Alianza, 1992, pp. 46-47 (ed. or. *Nazionalcattolicesimo e Spagna nuova (1881-1975)*, Milano, FrancoAngeli, 1992).

10. La asociación contra la inmoralidad, en M. Rodrigo Alharilla, *op. cit.*, p. 264. La tragedia de Santander en C. Bayle S.J., *op. cit.*, pp. 276 ss.; E.F. Regatillo S.J., *op. cit.*, pp. 160-162, y B. Pensado, *El Marqués de Comillas*, Madrid, Publicaciones Españolas, 1954, pp. 9-10. “El Correo de Cantabria”, de 13 de noviembre de 1893, subrayaba que don Claudio había heredado junto a su fortuna «proverbial honradez, amor al prójimo, compasión al necesitado».

11. Archivo Histórico de la Universidad Pontificia de Comillas, en adelante AHUPC, C.87, *Propuesta de circular de la junta diocesana de la peregrinación a Roma del obispo de Barcelona*, 18 de mayo de 1894.

dio López Bru contribuyó a la peregrinación con un millón y medio de pesetas salidas de su bolsillo, y que su secretario particular fue sorprendido cabizbajo en un rincón del primer vapor que partió del puerto de Barcelona, ajeno a la algarabía general de la despedida, cuando alguien le preguntó por el motivo de su abatimiento y el buen hombre respondió: «¿En qué estoy pensando? Pues que ésta deja en mantillas a todas las pasadas»¹². De lo que sí hay constancia documental es del celo que desplegó don Claudio desde los primeros días de 1894. A finales de enero ya se habían hecho los primeros cálculos del número de peregrinos que podrían viajar a la Santa Sede en el medio principal elegido, los buques de la Compañía Trasatlántica (la más emblemática empresa del marqués), que de acuerdo con las estimaciones iniciales podrían transportar a unos 4.500 obreros según se escogiera entre dos combinaciones posibles de barcos disponibles. Por esas fechas llegaba a Cádiz el jesuita Antonio Vicent, laborioso promotor de los Círculos de Obreros. Una carta ordinaria y un telegrama del segundo marqués de Comillas avalaban su acción «en todo lo referente a la peregrinación» y ordenaban que se pusieran a su disposición los dos capellanes de la naviera y se aprovechara de paso su estancia para inaugurar un círculo en el astillero de Matagorda — que había sacado a flote su primera construcción en 1891 — anunciando que la Trasatlántica pensaba pagarles el viaje a Roma a algunos obreros para estimular las inscripciones. Y Vicent no perdió el tiempo. Su primer día en tierras gaditanas lo invirtió en «trabajos de exploración», recabando de la empresa nombres de personas adecuadas para tomar responsabilidades en la preparación de la marcha. Al segundo dejó constituidas la junta diocesana territorial de la peregrinación y sus respectivas comisiones, y entre las jornadas tercera y cuarta completó el organigrama de organizadores y declaró inaugurado, «con elocuencia y tino», el Círculo Católico de Obreros de Matagorda ante toda la plantilla del dique, que en ese momento agrupaba a unos 600 trabajadores. No siguió camino el jesuita hacia El Puerto de Santa María y Jerez sin antes emitir un consejo: pese a la intención de la compañía de subvencionar algunos pasajes, convenía que la propia maestranza contribuyera económicamente para sufragar la travesía de compañeros sin recursos y reunir así «un buen contingente» de peregrinos¹³.

12. M. Cascón S.J., *op. cit.*, p. 47; C. Bayle S.J., *op. cit.*, pp. 199-200.

13. AHUPC. C.90, *José de Gayangos a Guillermo Villaverde*, 27 de enero de 1894; Biblioteca de Temas Gaditanos, *fondo Compañía Trasatlántica*, en adelante BTG, f. CT, *Copiadador de correspondencia semi-oficial de Guillermo Villaverde n. 7, Villaverde a Sánchez de Movellán y Gayangos*, 26 de enero, 2 de febrero y 4 de febrero de 1894. Para la factoría de Matagorda — en la que en 1892 ya funcionaba un complejo asistencial con viviendas económicas, escuelas propias, una capilla, pensiones varias y auxilios de orfandad canalizados por un asilo benéfico de huérfanos tutelado por un sacerdote, todo ello a iniciativa de los marqueses de Comillas — cfr. J. Romero, *Matagorda, 1870-1940. La construcción naval española*. Cádiz, Publicaciones de la Universidad de Cádiz, 1999; J. Romero, J.L. Gutiérrez Molina, *El origen de los astilleros en la bahía de Cádiz*, en *Astilleros Espa-*

La presencia primordial del padre Vicent en la marcha sobre Roma respondía a un empeño personal de Claudio López Bru y contrariaba a la prudencia del General de los jesuitas, Luis Martín, quien además de dudar de la medida de su subordinado, temía que una participación destacada de la Compañía en la peregrinación fuera aprovechada por alguna facción católica para denostar a la Orden. Los carlistas veían en la romería «una máquina forjada por el partido conservador para ganar sostenedores de la monarquía» y conseguir el favor de la Santa Sede hacia el alfonsismo, en tanto que los integristas tildaban la marcha de «abominable» y se despachaban con su «principal jefe y promotor», el marqués de Comillas, acusándole de liberal ambicioso empeñado en darle sepultura al integrismo. Es decir, que la peregrinación obrera de 1894 tuvo desde un principio connotaciones políticas. De hecho, el padre Vicent acabó viajando a Roma a petición del marqués y del nuncio sólo después de que el General Martín razonara que, si le negaba el permiso al promotor de los círculos, los jesuitas quedarían asociados a carlistas e integristas y podrían «ser calumniados como favorecedores de los partidos políticos enemigos de León XIII». Pero don Claudio pidió más: quería contar también con su confesor familiar, el padre Sanz, y con otros miembros de la orden ignaciana, entre ellos el padre Garzón. De nuevo el General hizo de tripas corazón y autorizó la ida a Roma del confesor, pues los jesuitas estaban «demasiado obligados al marqués» por el mecenazgo de éste en el seminario pontificio de Comillas, en funcionamiento desde 1892, pero se mostró inflexible con el resto de peticiones y, por las dudas, envió a la romería al padre Antonio Goberna, todo un compendio de integrismo que equilibraría la sensibilidad opuesta de Vicent si fuese necesario¹⁴.

Un último esfuerzo: señoras que recaudan, capillas flotantes

Además de designar a quienes creía más los idóneos para asegurar el éxito de la peregrinación, el seglar Claudio López Bru se mantuvo atento

ñoles, 1872-1998. *La construcción naval en España*, Madrid, LID, 1998; y alguna información adicional en M. Rodrigo Alharilla, *op. cit.*, p. 262.

14. J.R. Eguillor et al. (eds.), *Memorias del P. Luis Martín, General de la Compañía de Jesús*, Madrid, Universidad de Deusto, 1988, II, pp. 564-568. Para los inicios del seminario de Comillas, comprometido por el padre de Claudio López Bru poco antes de su muerte, regido por la Compañía de Jesús y auspiciado con especial celo por el segundo marqués, cfr. C. Abad S.J., *El Seminario Pontificio de Comillas. Historia de su fundación y primeros años (1881-1925)*, Madrid, Alberto Fontana, 1928; M. Revuelta S.J., *El Seminario y Universidad de Comillas. De La Cardosa a Canto Blanco (1881-1972)*, en E. Gil (ed.), *La Universidad Pontificia de Comillas: Cien años de historia*, Madrid, Publicaciones de la Universidad Pontificia de Comillas, 1993. Una panorámica de la acción política de los católicos españoles en los albores de la Restauración, en C. Robles Muñoz, *Insurrección o legalidad. Los católicos y la Restauración*, Madrid, CSIC, 1988.

a los detalles de los preparativos, y se sintió complacido cuando el delegado de la Trasatlántica en Cádiz le comunicó, a finales de febrero, que el personal de Matagorda, «correspondiendo como era de esperar a lo que puede proporcionar satisfacción a Vd.», cedía ya «sin excepción» una parte de su jornal semanal para costear el embarque de algunos peregrinos. Se estimaba que habría dinero suficiente — unos 10.000 reales — para sufragar el viaje de los cien romeros que don Claudio quería subvencionar, y además se comenzaba a notar «algún movimiento» entre los obreros gaditanos ajenos a la naviera, por lo que era aconsejable robustecer las comisiones de cuestación y de patronos y obreros con «personas de acción» para reclutar peregrinos en todas las poblaciones. A mediados de marzo, la cosa marchaba. Un equipo integrado por «cuatro personas de casa unidas a nuestros corresponsales y a los párrocos» se afanaba en labores de propaganda y colecta por toda la diócesis de Cádiz, y la comisión de señoras recaudaba bastante dinero para la causa, pese a que las previsiones iniciales de peregrinos subvencionados iban menguando: la cuestación de la maestranza daba para los pasajes de 20 personas, y con la recaudación del personal de tierra podría sufragarse el viaje, como mucho, de otros 15 romeros. O sea, de cien se bajaba a 35, y se añadía la posibilidad de que 80 tripulantes de la naviera del marqués desembarcasen en Civitavecchia para organizar allí el transbordo masivo de acuerdo con los deseos de don Claudio, pues a ese puerto próximo a Roma llegarían los peregrinos para realizar en tren el resto del camino a la sede papal. En el plato opuesto de la balanza, las sucesivas estimaciones sobre el número de participantes se vieron sobrepasadas con creces y los directivos de la Trasatlántica tuvieron que hacer encaje de bolillos para reservar embarcaciones capaces de transportar a los alrededor de 18.500 pasajeros que finalmente viajaron hacia Italia. Tras varios borrones, se habilitaron los buques *Montevideo*, *España*, *Bellver*, *Baldomero Iglesias* y *Buenos Aires*, pensando en las embarcaciones que reunían un mayor número de literas y disponiendo además un sobrante de colchonetas para que nadie durmiera en el suelo. Y a pocos días de la salida, Claudio López Bru fijó al fin el número de obreros que debían sumarse a la peregrinación desde el puerto principal de partidas de su naviera, Cádiz: de 150 a 200, entre los que se pagaban su propio viaje y los subvencionados por la Trasatlántica¹⁵.

No todos los barcos de la naviera contaban con capilla propia en esas

15. BTG, f. CT, *Copiadores de correspondencia semi-oficial de Guillermo Villaverde n. 7 y n. 8, Villaverde a Gayangos y López Bru*, 26 de febrero, 12 de marzo, 17 de marzo y 28 de marzo de 1894, y *Villaverde a Floriano G. de los Ríos*, 5 de marzo de 1894. Los buques seleccionados, en C. Bayle S.J., *op. cit.*, pp. 200-201. La cifra más precisa de peregrinos, en M. Cascón S.J., *op. cit.*, p. 20, que habla de 18.523 «españoles, obreros la mayoría». El 31 de marzo, a diez días de la partida, la prensa hablaba de 13.381 romeros inscritos. Cfr. “El Siglo Futuro”, 11 de abril de 1894.

fechas. Coincidiendo con los preparativos de la marcha a Roma, la compañía ultramarina del marqués de Comillas aprovechó para estudiar la instalación de un espacio donde celebrar misa a bordo en todos los buques que aún no lo tenían, y en ese empeño apeló a lo práctico, pues en algún caso se habilitó capilla en lugar tal como el comedor infantil del barco para rentabilizar los metros cuadrados que quedaban libres al retirar las mesas plegables. Eran aquéllos comedores en los que el marqués en persona velaba por que ningún pasajero recibiera carne y pescado en la misma comida, aunque así lo pidiera, salvo permiso expreso del capellán de a bordo, cuyos colegas de tierra se las veían y se las deseaban para redimir a los obreros más rebeldes. Tal debía de ser la impotencia del capellán del dique de Matagorda con algunos empleados en vísperas de la peregrinación a Roma, que la delegación gaditana de la naviera tuvo que insistir, mediante una carta reservada, en que el religioso debía dar cuenta a la superioridad de cada caso en que sus esfuerzos no dieran resultado, para probar entonces «otros medios y decidir en último extremo lo que más convenga». Se trataba de «obtener la enmienda y traer los descarriados al buen camino», exhortando a los obreros díscolos a que abandonasen «el mal vivir» porque su conversión era «lo más provechoso para los interesados» y además redundaba «a la mayor gloria de Dios»¹⁶.

Así andaban las cosas por Cádiz, pero el horizonte de la romería de abril de 1894 era más ancho y requería en otros lugares la labor de Claudio López Bru. Diligente en su cometido al frente de la junta central de la peregrinación, el marqués de Comillas se prodigó en los meses previos a la marcha en dictar instrucciones y enviar información a distintos puntos de España. Distribuyó personalmente carteles y circulares a algunos curas párrocos, y participó en las negociaciones con compañías ferroviarias extranjeras para obtener rebajas en los pasajes de los romeros que quisieran viajar por tierra, aunque los precios finales resultaron más baratos en la travesía por mar y se fijaron en 320 pesetas en primera clase, 212 en segunda y 100 en tercera, según el principal hagiógrafo de don Claudio. Esa tarifa comprendía, conforme se ocupó de explicar el marqués a algunos obispos, el importe del trayecto en tren hasta el puerto de partida, el transporte en buque a Civitavecchia y alimentación a bordo, la ida y vuelta a Roma y la manutención «durante los cuatro días de estancia en la Ciudad Eterna». Incluso se preocupó Comillas de organizar el correcto reparto de los talonarios de pasajes y de «asegurar el buen orden de la peregrinación», recomendando la formación de grupos reducidos de romeros numerados «del uno en adelante» y sometidos a la coordinación de un jefe bien conocido por todos ellos. A mediados de marzo, don Claudio aún se apresuraba a co-

16. BTG, f. CT, *Copiadores de correspondencia semi-oficial de Guillermo Villaverde n. 7 y n. 8, Villaverde a Gayangos*, 1 de febrero de 1894; *a López Bru*, 8 de marzo de 1894; *al capellán de Matagorda*, 19 de febrero de 1894.

municar a todas las diócesis la buena nueva llegada del ministerio de la Guerra, que autorizaba por Real Orden a viajar a Roma a los reservistas que lo desearan. Entendía el marqués que aquella disposición resultaba «de gran importancia por afectar a la mayor parte de los obreros jóvenes, quienes no hubiesen podido salir de España sin la autorización mencionada», y llamaba por ello a dar «la mayor publicidad a la noticia»¹⁷.

La fe bajo las piedras: una partida accidentada

Y al fin, en los primeros días de abril, llegó la partida. En unos puertos, como Barcelona, los peregrinos zarparon sin contratiempos, y en otros incluso se palpó en el ambiente una religiosidad festiva y bulliciosa. Así ocurrió en Cádiz, donde Guillermo Villaverde, responsable de la Transatlántica en esa plaza, le relataba a don Claudio:

El embarque en el ‘Buenos Aires’ ha sido muy edificante y producía grata emoción. Al muelle acudió gran concurrencia a despedir a los peregrinos y que tributó espontánea y sentida ovación a nuestro Prelado. Lo mismo ocurrió al llegar a bordo el Sr. Obispo, que fue recibido con entusiastas vivas y a quien costó un poco llegar a la cámara. En el saloncito de música se verificó un desfile ante nuestro Prelado por los peregrinos que deseaban saludarle, que duró largo tiempo [...]. Por último, al separarse los auxiliares del ‘Buenos Aires’ con las otras personas que habían subido a despedirle, los peregrinos entonaron el Ave María, resultando espectáculo grande y conmovedor. ¡Que Dios corone con el más completo éxito la obra que realizan los singulares esfuerzos de V.!¹⁸

Algún negro augurio pudo intuirse, sin embargo, en la multitudinaria salida de los peregrinos que abandonaron Madrid por la estación de Mediodía, después de recibir la bendición del obispo de Lérida y de cantar un atronador *Te Deum* en la iglesia parroquial de San José. En el embarque en los dos trenes especiales de 20 y 26 vagones, respectivamente, predominaron «bastantes apreturas y gritos», y si bien la arenga inaugural del agustino padre Font fue contestada con entusiastas vivas «al Papa Rey y al Reinado Social de Jesucristo» — consignas contra la “cautividad” del papa, privado de su poder temporal por el reino de Italia desde 1870 — la prensa integrista reconocía que «no faltaron insultos y palabras soeces» a los romeros pronunciadas por transeúntes poco proclives al catolicismo¹⁹.

17. Cfr. cartas y un telegrama de López Bru al obispo de Salamanca, una de ellas fechada el 13 de marzo de 1894 y el resto de las citadas, en 1894, sin más precisión, AHUPC. C.87; los precios de los pasajes, en C. Bayle S.J., *op. cit.*, p. 199.

18. BTG, f. CT, *Copiadore de correspondencia semi-oficial de Guillermo Villaverde n. 8, Villaverde a López Bru*, 9 de abril de 1894.

19. “El Siglo Futuro”, 11 de abril de 1894, p. 1. Para la cuestión Iglesia-Estado desde

Pero lo que ocurrió en Valencia, puerto elegido para iniciar la travesía mediterránea, superó las más oscuras predicciones. Lo resumió bastante bien uno de los doce peregrinos que viajaban a la Santa Sede por cuenta de la reina regente, recomendados ante el marqués por la Casa Real: hubo «alguna dificultad para embarcar, el pueblo estaba bastante agitado; nos recibieron a pedradas y despidieron con algunos tiros al salir del puerto»²⁰. Con pluma más prolija, los hagiógrafos de López Bru aseguran que don Claudio descendió del barco en que venía desde Barcelona, atravesó el campo de batalla para «protestar y pedir remedio contra la barbarie» ante las autoridades y regresó luego en el coche particular del gobernador, «que empezó a repartir palos hasta romper el bastón sobre la chusma». No está en todo punto clara la presencia épica del marqués de Comillas en tal escena, pero sí que las gargantas que vociferaban contra los peregrinos correspondían a «turbas republicanas» que veían en la marcha un indignante adormecimiento de los obreros bajo las faldas del clericalismo, y que acudieron a los muelles valencianos para amargarles la partida a los viajeros ya desde la víspera²¹. Con ese fin, se prodigaron los recursos: grupos de agitadores recorrieron la ciudad en la noche del 10 de abril repartiendo pasquines en contra de las prerrogativas temporales del pontífice romano y distribuyendo silbatos para censurar sonoramente a los peregrinos, y en un céntrico café, al observar la entrada de varios romeros, la tensión se hizo música: el pianista del establecimiento se apresuró a interpretar el himno de Riego y fue secundado por la clientela. Ya en la mañana del día 11, la presa se desbordó. Un millar de personas concentradas ante el palacio arzobispal prorrumpieron en mueras al papa y «atroces blasfemias», apedre-

el ámbito italiano, su evolución y algunas de sus derivaciones, cfr. G. Verucci, *Cattolicesimo e laicismo nell'Italia contemporanea*, Milano, FrancoAngeli, 2001; P. Scoppola, *Laicismo borghese e laicismo operaio nell'Italia unita*, en *Laicità. Problemi e prospettive*, Milano, Vita e Pensiero, 1977, pp. 141-162; D. Menozzi, *La Chiesa cattolica e la secolarizzazione*, Torino, Einaudi, 1993; A. Botti, *La confesionalidad del Estado en Italia. El debate cultural e historiográfico (1871-1984)*, en E. La Parra, J. Pradells (eds.), *Iglesia, Sociedad y Estado en España, Francia e Italia (ss. XVIII al XX)*, Alicante, Instituto Juan Gil Albert-Diputación Provincial de Alicante, 1992, pp. 399-412. Un repaso historiográfico a la cuestión, en M. Franzinelli, *Laicismo ed anticlericalismo in Italia dall'epoca giolittiana alla seconda guerra mondiale: profilo biblio-storiografico*, en A.A. Mola (ed.), *Stato, Chiesa e società in Italia, Francia, Belgio e Spagna nei secoli XIX-XX*, Foggia, Bastogi, 1993, pp. 193-210.

20. Archivo General de Palacio, en adelante AGP, 16.213/35, *Juan Gras al intendente de la Casa Real*, s.f.

21. Cfr. C. Bayle S.J., *op. cit.*, pp. 200-201; E. F. Regatillo S.J., *op. cit.*, p. 60. Al menos la prensa integrista, que relata con cierto detalle quiénes viajaban en los carruajes entre las turbas, no sitúa en la escena a Claudio López Bru, sino que cita junto a los prelados al marqués de Cubas, el mayordomo de Palacio, el secretario del arzobispado de Valencia y «un señor catedrático de la Universidad». Cfr. “El Siglo Futuro”, 12 de abril de 1894, p. 1.

ando con saña los ventanales del edificio, y cuando los obispos participantes en la romería salieron del inmueble para dirigirse en carruajes al puerto, su recorrido fue saludado también por una «formidable pedrea» y consignas a favor de Garibaldi, en un ultraje general que acabó con diecisiete peregrinos heridos y que estuvo a punto de ocasionar males mayores, de no haber sido detenido in extremis un republicano que se abalanzó sobre un prelado «estoque» en mano, con la inequívoca intención de «atravesarlo»²². Tal fue el ambiente propio de un aquelarre, que el Gobierno tuvo que excusarse días después por los incidentes ante las protestas de algunos diputados de significación católica, y llegó a condenar las agresiones, pero se lavó las manos en lo referente a la supuesta tolerancia con que se había tratado a los agitadores y escurrió el bulto hacia el gobernador civil de la ciudad levantina, aquél del bastón destruido sobre las carnes de la muchedumbre²³.

Ya mar adentro, reinó la paz. El fuerte oleaje del Mediterráneo mareó sin mayores consecuencias a algunos peregrinos, pero no impidió la celebración de una «brillante fiesta eucarística» sobre la cubierta del vapor *Montevideo* a las cinco de la tarde del 13 de abril. «Bajo un palio formado por la bandera de la Trasatlántica y sostenido por remos que llevaban marinos de gala», cuenta el padre Bayle, «el Santísimo recorrió la cubierta del buque, escoltado por los estandartes de las diócesis peregrinas, mientras las salvas de cañón y el estampido de los cohetes se mezclaban con los cánticos litúrgicos» y sonaba el himno de la peregrinación, cuya «vibrante letra» había compuesto el capellán domiciliario del marqués, Jacinto Verdaguer²⁴. Entretanto, en otro de los barcos que viajaban hacia Civitavecchia, el *Buenos Aires*, el propagandista Juan Manuel Ortí y Lara sintetizaba en una alocución a los romeros la heterogeneidad de intereses y significados de la peregrinación: por un lado estaba la insoslayable necesidad de superar las profundas divisiones políticas de los católicos españoles; también quedaba clara la armonía interclasista que daba sentido a la marcha, pues ésta acreditaba una dócil cooperación paterno-filial entre obreros y patronos que el propio Claudio López Bru había subrayado en las semanas previas a la partida; y en tercer lugar, los romeros que sufrían los vaivenes de la mar los soportaban con el fin primordial de venerar la autoridad de un papa-rey despojado de su soberanía temporal por Italia y cautivo de un reino extraño²⁵.

22. Cfr. *Atropello salvaje*, “El Siglo Futuro”, 11 de abril de 1894, p. 1.

23. Cfr. F. Montero, *op. cit.*, p. 247.

24. Cfr. E. F. Regatillo S.J., *op. cit.*, p. 201.

25. Cfr. F. Montero, *op. cit.*, p. 244. Claudio López Bru había remitido una circular a los obispos destacando que la marcha se compondría «de pobres y ricos, obreros y patronos, respondiendo al carácter de fraternal armonía de la solución cristiana del problema social».

Un papa cautivo y un francés precursor

Ese interés por la llamada cuestión romana no era nuevo en absoluto. Ya en el segundo congreso católico, celebrado en Zaragoza en 1890, nueve de los quince discursos pronunciados clamaban por la “libertad” del papa, y en la siguiente cita, la que tuvo lugar en Sevilla dos años después, el cónclave de los católicos españoles se fijaba en las consecuencias económicas del “presidio” papal e instaba a los fieles a reservar en sus testamentos limosnas para el pontífice²⁶. El horno no estaba para demasiados bollos después de que las relaciones diplomáticas entre Italia y Francia pasaran por momentos críticos en octubre de 1891, cuando a tres jóvenes participantes de una multitudinaria peregrinación de obreros franceses se les ocurrió pisar la tumba del rey Víctor Manuel en el Panteón de Roma y escribir después en el registro de invitados un exclamativo «¡Vive le Pape!». Los 20.000 romeros que tomaban parte de la marcha tuvieron que salir a escape de Italia en trenes escoltados por el Ejército y la peregrinación quedó suspendida, mientras miles de ciudadanos romanos mostraban en las calles su indignación por la ofensa a la dinastía reinante y León XIII sentenciaba, en pleno apogeo de la crisis: «Yo era un prisionero; ahora soy un rehén». Las palabras pontificias iban dirigidas al organizador de la marcha, el industrial francés León Harmel, que en el asunto de las peregrinaciones le llevaba la delantera al segundo marqués de Comillas. Para cuando la marcha auspiciada por Claudio López Bru llegó a Roma en 1894, con unos 18.500 participantes, Harmel ya estaba de vuelta en ese camino: entre 1885 y la abortada experiencia de 1891, el propietario de una católica y modélica factoría textil en la localidad de Val del Bois había conducido a los pies del papa a un total aproximado de 31.400 obreros y al menos 200 patronos franceses, en cuatro peregrinaciones distintas. Una primera expedición integrada sólo por un centenar de empresarios había interesado a León XIII en el mundo de las fábricas en febrero de 1885. Dos años después, los patronos regresaron ante el papa acompañados de casi un millar y medio de trabajadores que escucharon en audiencia cómo el pontífice autorizaba la intervención de los Estados para mejorar las condiciones laborales de los obreros. En el otoño de 1889, León XIII volvió a recibir a una representación de trabajadores franceses liderados por Harmel — esta vez, 10.000 — y, además de recomendar la instauración de corporaciones cristianas en las factorías y llamar a los patronos a contener sus ansias de riqueza en beneficio de los humildes, el papa dispensó una audiencia familiar al industrial de Val des Bois en la que le alentó a continuar su labor ejemplar de patronazgo católico. Y finalmente, 20.000 obreros viajaron a Roma en septiembre de 1891 para agradecerle al titular de la Santa Sede su encíclica

26. *Ivi*, pp. 145n y 422.

Rerum Novarum, publicada cuatro meses antes, hasta que el incidente del Panteón truncó los planes y obligó a los peregrinos a regresar a casa²⁷.

De modo que cuando la expedición liderada por el marqués de Comillas pisó suelo italiano, se topó con todas las cautelas posibles para evitar un nuevo encontronazo entre la monarquía y el papado, formalmente subordinado en lo terreno al reino de Italia. Las autoridades locales prohibieron a los peregrinos esgrimir distintivos, circular en formación y entonar cánticos, todo ello con el fin de no desenterrar aquel hacha de guerra política de 1891, y lo cierto es que durante las jornadas de estancia de los peregrinos españoles en Roma no se registraron incidentes. Aun así, algunas crónicas hagiográficas buscan un poco de acción y sostienen que «no faltó quien con los pies firmes en el terreno jurisdiccional pontificio alargara el cuello fuera para gritar el comprometedor ¡Viva el Papa Rey!»²⁸. Pero la tónica general fue la normalidad. En la mañana del 15 de abril, tras un descanso nocturno de tanto viaje, los romeros asistieron en la plaza de San Pedro a la beatificación de dos andaluces, el padre Maestro Ávila y fray Diego de Cádiz, en una primera toma de contacto con el papa. Para última hora de aquel mismo día se esperaba la llegada del marqués de Comillas acompañado por Javier Gil Becerril, con vistas a la misa solemne que León XIII oficiaría para los peregrinos tres días después. El día 16, el pontífice recibió en audiencia a quince obispos españoles con Sanz y Forés a la cabeza, mientras los romeros de a pie consumieron la jornada con la asistencia a misa en Santa María la Mayor y una visita posterior a los monumentos más señalados de la ciudad, y algunos de los viajeros — los doce enviados por cuenta de la Casa Real — se declararon «completamente emocionados» tras ser los únicos elegidos para representar al día siguiente, junto al propio Claudio López Bru, a toda la peregrinación en un protocolario beso al «anillo y el pie de Su Santidad» que se verificó en recepción privada y como «grandioso espectáculo»²⁹.

Dos mensajes en uno: unidad política y más acción social

El episodio más esperado llegó el 18 de abril. El papa León XIII celebró una eucaristía matutina ante todos los grupos de peregrinos españoles

27. Cfr. J.L. Coffey, *Léon Harmel, entrepreneur as Catholic Social Reformer*, Indiana, University of Notre Dame Press, 2003, pp. 145-192. Para completar la semblanza de León Harmel, cfr. también G. Guittou S.J., *Léon Harmel, 1829-1915*, París, Action Populaire, 1927; P. Trimouille, *Léon Harmel et l'usine chrétienne du Val des Bois*, Lyon, Centre d'Histoire du Catholicisme de Lyon, 1974.

28. Cfr. C. Bayle S.J., *op. cit.*, pp. 202-205.

29. AGP. 16.213/35, *Cartas del peregrino Juan Gras al intendente de la Casa Real*, 15 de abril y 18 de abril de 1894; “El Siglo Futuro”, 17 de abril y 18 de abril de 1894.

y abrió su discurso de solemne salutación con un guiño a la relevancia de la romería hispana: a su sede habían llegado otras marchas anteriores procedentes de otras naciones, pero ninguna de aquellas demostraciones, sostenía el pontífice, había sido «tan imponente» como la que ese día ofrecía «la católica España». Un país cuya grandeza nacional, «siempre unida con lazo estrecho a su acatamiento a la fe sacrosanta de sus mayores», había sido arrastrada a «decadencia y ruina» por las convulsiones políticas y sociales del siglo XIX, léase las veleidades revolucionarias y la secularización propiciada por el liberalismo. Lejos de centrarse en el herrumbroso mundo de las factorías como hiciera ante los romeros liderados por Harmel, el papa hizo en su alocución la enésima llamada a la unidad de los católicos españoles por encima de divergencias partidistas y se metió de lleno en el charco de la política, lanzando un inequívoco mandato a «sujetarse respetuosamente a los poderes establecidos» — o sea, a la monarquía parlamentaria de los Borbones — con más razón cuando quien educaba al futuro rey de España, la regente María Cristina de Habsburgo, era una dama de piedad y devoción a la Iglesia acreditadas³⁰. La carta pastoral conjunta que los obispos asistentes a la peregrinación publicarían a su regreso a sus diócesis habla de una consigna adicional recibida de labios de León XIII: era preciso acelerar la acción social católica con la multiplicación por doquier de círculos y patronatos de obreros que aunaban a los de arriba y los de abajo, en la misma línea de la armonía interclasista propugnada por el cardenal Sanz y Forés en su discurso de presentación formal de la romería al pontífice³¹.

La emotiva jornada concluyó con un banquete que el cardenal secretario de Estado y ex responsable de la nunciatura de Madrid, Mariano Rampolla del Tíndaro, ofreció en sus aposentos a los dirigentes de la peregrinación, con los prelados y el marqués de Comillas a la cabeza. Ocurrió en la víspera del regreso a España de los primeros contingentes de romeros, aunque hubo una segunda oleada de unos 8.000 peregrinos que fueron recibidos por el papa el 24 de abril en la basílica de San Pedro para escuchar un «resumen y condensación» del discurso central pronunciado días atrás por el pontífice³². ¿Qué hacía por esos días el seglar que tanto se había afanado en los preparativos de la marcha? El empresario Claudio López Bru permaneció en Roma, pues todavía en los días finales de abril requirió por telegrama un encuentro con el padre General de los jesuitas, Luis Martín, que viajó a la sede papal desde la residencia de la Compañía en Fiésole «por el agradecimiento debido» a don Claudio y escuchó sus nuevas peticiones. Básicamente, el marqués demandaba la disponibilidad geográfica

30. *Discurso de Su Santidad a los peregrinos españoles*, “El Siglo Futuro”, 23 de abril de 1894, p. 1.

31. Cfr. F. Montero, *op. cit.*, pp. 245-246.

32. “El Siglo Futuro”, 23-25 de abril de 1894.

de los padres Vicent, Sanz, Garzón y otros para promover y dirigir nuevos Círculos Católicos de Obreros, conforme al mandato papal, y de paso exhortaba a los responsables del seminario de Comillas a que no estimularan vocaciones religiosas, tal como ya preveían las bases fundacionales para atajar el recelo de parte del obispado, que temía perder poder frente a una mayor autonomía de los jesuitas y quería evitar a toda costa que la institución apadrinada por López Bru se convirtiera en un vivero de religiosos — ignacianos o no — porque su fin primordial era el de formar sacerdotes. El padre Martín dijo que sí a las dos cosas y particularmente instruyó a los Provinciales de España, en junio, para que auxiliaran al marqués en la «formación y fomento» de círculos, no sólo por ser don Claudio «muy benemérito de la Compañía», sino también porque aquel pedido era «justo y del agrado del Sumo Pontífice»³³.

En esas fechas, las diócesis españolas impulsaban una suscripción popular para «costear un recuerdo alegórico» de la romería — un tríptico con escenas pintadas de las jornadas romanas que se conserva en el palacio familiar de Comillas — y entregárselo al marqués como agradecimiento de sus «enormes sacrificios pecuniarios y muchos personales» en la peregrinación. Las cuotas fijadas oscilaban entre los 25 céntimos y las 25 pesetas y al frente de las listas abiertas de cuestación figuraban los prelados de cada sede, todo ello a iniciativa de la junta diocesana creada para la romería en el obispado de Barcelona, por ser éste el lugar de residencia habitual de don Claudio y también porque la junta de Madrid, al estar presidida por el mismo López Bru, había quedado «cohibida» para llevar la voz cantante en el homenaje. Y ese reconocimiento vino de mano de grandes amigos: el presidente de la comisión de recursos de aquella junta barcelonesa que promovía la suscripción era el jurisperito Manuel Durán i Bas, cercano ya al primer marqués de Comillas y compañero de andanzas políticas de su hijo; como encargado de propaganda figuraba el inminente obispo de Tuel, Antonio Estalella, profesor del joven Claudio en la Universidad y consejero del marqués ya adulto; y al frente de la comisión de viaje estaba Alejandro María Pons, accionista fundador de una de las empresas de López Bru, la Sociedad Hullera Española, y luego muy ligado a don Claudio en la defensa militante del orden social³⁴.

En cuanto hubo tiempo para hacer balance, resultó que la peregrinación española a Roma de 1894 dejaba tras de sí una infraestructura muy útil al movimiento católico para lanzarse a acometer el mandato social católico

33. J.R. Eguillor et al. (eds.), *op. cit.*, pp. 569-571. Para el asunto del seminario, cfr. R.M. Sanz de Diego S.J., *Contribución a la historia inicial de Comillas*, en “Archivum Historicum Societatis Iesu”, 1984, n. LIII, pp. 253-279.

34. AHUPC, C.87, *Francisco de Pol al obispo de Salamanca*, 18 de mayo de 1894, y *Circular de la junta diocesana del obispado de Barcelona para la peregrinación*. Una descripción del tríptico, en E.F. Regatillo S.J., *op. cit.*, p. 62.

del papa, y hubo que reconocer que, con toda su carga patronal y paternalista, mucho más próxima a la beneficencia de arriba abajo que a la dignificación autónoma de los trabajadores, la marcha auspiciada por el marqués de Comillas comenzaba a abrirle un tiempo algo nuevo al catolicismo social español, que hasta entonces había recibido las enseñanzas pontificias de la *Rerum Novarum* con ojos más bien conservadores y una clara pervivencia de la solución benéfico-caritativa³⁵. Quizás la principal respuesta inmediata a la llamada del papa para darle un empujón a la acción social católica fue la constitución en Madrid, el 27 de enero de 1895, de la Asociación general para el estudio y defensa de los intereses de las clases trabajadoras. Aquella entidad de nombre irreductible a siglas, que nacía bajo la presidencia del segundo marqués de Comillas y olía bastante a pura beneficencia, se fijaba como meta principal la creación de nuevos círculos católicos de obreros para «aliviar las desgracias del pobre» en los órdenes religioso, moral y material. Ponía en marcha un amplio aparato de comisiones — entre ellas el germen de una «liga de patronos» —, pero en realidad se ocupaba casi en exclusiva de alumbrar círculos en busca de la multiplicación que León XIII había encargado para ir reconstruyendo la convivencia de obreros y empresarios bajo el paraguas común del catolicismo militante³⁶.

Claudio López Bru predicaba con el ejemplo. Al Círculo Católico de Obreros inaugurado en Matagorda en vísperas de la peregrinación no tardó en sumarse su homólogo de la Sociedad Hullera Española — presidida por don Claudio, como la Trasatlántica, y laboratorio relevante de patronato católico — que nació con todos los honores en mayo de 1895. Y qué mejor patrono para la nueva entidad que San José Obrero. La ceremonia de apertura comprendió con una misa cantada «con sumo gusto y afinación» y una procesión seguida por unas 4.000 personas, entre trabajadores del coto y miembros de sus familias, y el subdirector de las minas, Manuel Montaves, no perdió ocasión para alentar en su discurso a los operarios a que fuesen «trabajadores, honrados, humildes, sobrios y castos». Cuando se le acabaron los adjetivos, el ingeniero describió con cierto detalle el fin primordial del nuevo círculo: «Proporcionar a los trabajadores en sus ratos de descanso recreo instructivo, facilitándoles honestas distracciones y medios para ilustrarse, ya leyendo los buenos libros y revistas en que abundar[ía] su biblioteca, ya escuchando o pronunciando conferencias sobre temas diversos y de utilidad indudable, evitando la concurrencia a las tabernas, centros de corrupción» de los que salía «el mayor contingente para la población de cárceles y presidios». Los datos que faltaban los puso el presbítero de la cercana localidad de Mieres, quien recomendó a los trabaja-

35. Cfr. F. Montero, *op. cit.*, *passim*.

36. *Ivi*, p. 307 y ss.

dores «el respeto y obediencia a sus superiores, el amor al trabajo y a las prácticas religiosas», y clamó contra «las malas ideas esparcidas entre los obreros por los pontífices de ciertas sectas», que inexorablemente acababan produciendo la «ruina moral y material» de la persona³⁷.

Instrucción honesta, sumisión al principio de autoridad, religiosidad, antisocialismo. Todas esas connotaciones tenía en la práctica aquel Círculo de Obreros fundado, de acuerdo con el mandato de León XIII, en las minas asturianas del segundo marqués de Comillas, que en octubre de 1894 habían sido declaradas ejemplares por el congreso católico celebrado en Tarragona con cuatro años de retraso respecto a la ejemplaridad del empresario francés León Harmel, destacada ya en el congreso previo de Zaragoza (1890)³⁸. Parece razonable hallar algún vínculo entre la promoción del modélico empresario Claudio López Bru desde las jerarquías católicas y la necesidad, subrayada por la nunciatura de Madrid, de implicar a los laicos en la recristianización integral de una sociedad en ebullición. Pero, pese a que el protagonismo de don Claudio en la peregrinación a Roma parecía abrir el camino a la irrupción de los seglares, dos años después, según la oficina del nuncio, el laicado como tal brillaba por su ausencia y esa carencia contribuía a que no hubiera noticias de influencia de los católicos en la vida pública.

37. “El Carbayón”, 9 de mayo de 1895, pp. 1-2.

38. Cfr. F. Montero, *op. cit.*, pp. 419 y 428.